

de caña de bambú y un tejido de mimbre muy fino, era tan fuerte y estaba tan bien hecho y unido, que podía durar siglos enteros. Algunas de estas techumbres tenían hasta dos metros de espesor, y formaban un alero de un metro para resguardar la pared exterior de la lluvia.

El ornato de los muros exteriores era casi siempre muy sencillo y algunos de ellos llamaban la atención por contener nichos ú hornacinas primorosamente construídas que daban aspecto muy agradable á todo el conjunto. También interrumpían la monotonía de las líneas, frisos y otros ornamentos pintados.

El adorno interior de los aposentos era aún más rico; para embellecer los muros empleaban pinturas, hornacinas y frisos, y á veces hasta columnas salientes ó piedras cilíndricas, destinadas sin duda á colgar en ellas las armas y trofeos.

En los templos del Sol y en los palacios de los Incas estaban cubiertas las paredes con gruesas planchas de oro y plata.

Jerez dice que los muros de algunos edificios estaban adornados con figuras plásticas de hombres, mujeres, pájaros y fieras, de tamaño natural, y colocadas sobre pedestales. Veíanse también plantas trepadoras tan perfectamente imitadas que parecían haber nacido en las paredes. Los artistas peruanos animaban estas plantas con lagartijas, mariposas, ratones y culebras, los cuales unos subían y otros bajaban por los muros (1).

Como todos los afanes del Inca se cifraban en la seguridad del país y en mantener á su pueblo dentro de los límites de una perfecta subordinación, se comprende que pusiera el mayor cuidado en la construcción de las fortificaciones y caminos para el paso de ejércitos. Caciques expertos en el arte de la guerra indicaban los sitios á propósito para levantarlas, y hábiles arquitectos trazaban en seguida los planos por los cuales construían los edificios miles de trabajadores. El Perú era muy rico en fortificaciones de segundo y tercer orden. No faltaban tampoco formidables baluartes de los cuales Ollanta y también Pisac, Piquillacta, Choquequirán, Sacsahuaman eran los más importantes. El primero de estos estaba situado quince leguas al Norte de Cuzco, y no sólo dominaba el fértil valle de Yucay, sino también la entradaN orte de dicha capital.

El fuerte se eleva en la estribación de un elevado monte coronado de nieve, cuyas dos vertientes se dividen en grandes mesetas en los puntos que no están cortados á pico. Las murallas exteriores de la fortaleza rodean en zizás las paredes perpendiculares del monte hasta un paraje donde un

(1) *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, de Jerez.

abismo de 300 metros de profundidad hace inútil la continuación. Las murallas están revestidas por ambos lados y á más de ocho metros de altura, de una capa de estuco, coronadas de almenas y provistas de aspilleras para los defensores. Squier las compara á las fortificaciones de la Edad Media que colgaban sobre los abismos de las colinas en Salerno (Italia).

El mismo investigador, que ha reconocido también las ruinas del fuerte de Pisac, dice de éste que es gigantesco y que estaba también construído sobre un escarpado promontorio de tres millas inglesas de largo, y cuyos sitios más altos pasan de 1300 metros. Una profunda garganta separa dicho promontorio de la parte principal de la montaña, á la que sólo está unido por un estrecho espaldar de unos 100 pies de altura. En todos aquellos puntos á donde podían trepar los intrépidos habitantes de la montaña, construían los Incas altos murallones de piedras y en algunos parajes se ven torres, sobre cuyas aberturas de puertas había grandes bloques de piedra á los que sólo era necesario empujar un poco para hacerlos rodar y aplastar de este modo á los enemigos. En una palabra, todas las entradas estaban cerradas y asegurados cuidadosamente todos los sitios. No había un punto siquiera hasta llegar á la cúspide al que no se alcanzase desde algún paraje y que no estuviera defendido por una red de fortificaciones. Un ingeniero de nuestros días difícilmente podría trazar con más habilidad que lo hicieron los de aquellas épocas estas indescriptibles fortalezas (1).

El fuerte de Sacsahuaman, situado sobre una colina de 250 metros de altura, dominaba la ciudad de Cuzco y tenía una triple muralla de gigantescos bloques ciclópeos tan íntimamente unidos entre sí sin necesidad de cemento alguno, que toda la fortificación parecía construída de una sola pieza.

Garcilaso de la Vega escribe á este respecto: «Si causa grande asombro considerar cómo los constructores de la fortaleza, que no poseían ni carretones ni animales de arrastre, pudieron mover tan colosales masas de piedra, el asombro llega á su colmo al pensar cómo aquellos bloques, algunos de los cuales tenían siete varas de altura por cinco de ancho y cuatro de espesor, pudieron ser labrados con tal precisión que resultarían tan bien unidos é iguales al colocarlos unos sobre otros. Muchos hay en que apenas es posible distinguir las juntas, y esto es tanto más de admirar por cuanto los indios no conocían ni la escuadra ni el metro para igualarlos y medirlos. ¡Cuántas veces se verían obligados á bajar las pie-

(1) *El Perú*, de Squier, pág. 650.



dras y volverlas á colocar para cerciorarse de que encajaban bien unas en otras! Y para esto tampoco poseían aquellos hombres ni cabrestantes ni poleas ú otras máquinas elevadoras.»

La altura total de la triple muralla de piedra es de unos 20 metros, de los cuales nueve corresponden á la muralla exterior. Entre cada una de éstas, colocadas en forma de terraza una sobre otra, mediaba un ancho espacio destinado á residencia de los guerreros, resguardados del enemigo detrás de aquellos formidables parapetos. Por fuertes y bien defendidas puertas se entraba en el interior de la fortaleza, donde había tres torres colocadas formando un triángulo. La mayor era redonda y en su centro tenía una fuente que proveía de agua riquísima al fuerte por medio de conductos subterráneos. El manantial que la alimentaba tan sólo era conocido del Inca y de los nobles del reino. Debajo de las torres, que contenían un verdadero parque de armas y provisiones de guerra, había varios almacenes y departamentos, casi todos del mismo tamaño, y que formaban una especie de laberinto en el que aun las mismas personas que conocían sus revueltas, tenían que orientarse, para no extraviarse, valiéndose de un ovillo de hilo.

Especial interés reclama una eminencia situada enfrente del fuerte, formidable mole de traquita que por el lado de aquél forma diversas mesetas. Precisamente sobre la cúspide de esta eminencia, llamada *Rodadero*, distínguese una fila de anchos asientos colocados uno sobre otro delante y á los lados, y trabajados con irreprochable exactitud en la misma roca. Llámase á este paraje «la silla del Inca», pues según refiere la tradición, los soberanos que construyeron aquella fortaleza iban de vez en cuando á ver los progresos de las obras, ocupando el asiento superior el Inca, y los inferiores las personas de su séquito.

El mismo esmero que observaban en la construcción de la fortaleza empleáronle también en la de los caminos para la movilización de tropas de un punto á otro, con lo cual consiguieron que, en poco tiempo relativamente, pudieran ponerse en comunicación los más apartados puntos del reino. Aquellos caminos aventajaban á los vecinales de la Europa de la Edad Media, y hasta pueden compararse con las carreteras de nuestros tiempos. Había carreteras que iban en línea recta desde Pasto, en el Sur de Colombia hasta Chile, pasando por Cuzco, y que tenían más de 1,200 leguas de longitud. Calzadas semejantes cruzaban el país en todas direcciones, y los restos de estos llamados *Caminos del Inca* causaron la admiración de hombres como Humboldt, Tschudi y otros. Humboldt los compara con las más hermosas vías militares de los romanos, y León pregunta lleno de asombro que cuáles fuerzas humanas han sido capaces de destruirlos.

Estas carreteras, que tenían de 5 á 8 metros de anchura, subían hasta la cima de las más altas montañas y bajaban hasta los más profundos valles, guardando todo lo posible la línea recta. En los sitios más escarpados había anchas escaleras ó galerías de varias leguas de longitud; en otros los caminos habían sido abiertos en la misma roca; murallas y pretiles protegían los lugares más peligrosos.



Un puente colgante en los Andes. (Dibujo original de Rodolfo Cronau)

Los peruanos, que no retrocedían ante ningún obstáculo, habían hallado también el medio de echar puentes sobre los más profundos abismos é impetuosos torrentes, fabricando con las fuertísimas fibras de una especie de mimbre cables del grueso de un hombre, que les servían para la construcción de aquellos singulares pasadizos que han sido los verdaderos prototipos de nuestros puentes colgantes. Por regla general, el suelo del puente lo constituían tres fuertes cuerdas que eran llevadas por hábiles nadadores y trepadores de un lado al otro del abismo, las cuales cuerdas quedaban sujetas en sitio conveniente á tres grandes piedras. Este piso ó suelo se reforzaba además con travesaños de madera y con un entramado de mimbres, formando las barandillas otras dos cuerdas que se



unían al verdadero puente por medio de fuertes sogas. Dichos puentes, que aún se usan en la alta montaña del Perú, tenían generalmente tres ó cuatro metros de ancho, y algunas veces hasta 200 piés de largo, y eran muy á propósito para facilitar las comunicaciones. En parajes poco frecuentados se ponía á veces un solo cable de un extremo á otro colgando de él un cesto en el que se metían las personas que querían pasar de uno á otro lado, deslizándose con ayuda de una delgada cuerda.

Empleaban el esmero más exquisito para conservar en buen estado los caminos y los puentes, á cuyo efecto tenían destinadas varias personas encargadas de inspeccionar y dirigir cuantas reparaciones hubiese que hacer en ellos. Contaban á la vez con otras instituciones provechosas, tales como un servicio de guías, que daban razón de las distancias que mediaban entre uno y otro punto, y grandes posadas ó mesones llamados *Tambos*, que ofrecían hospitalidad á los viajeros. Del mismo modo se cuidaba también de que nunca faltase alojamiento á grandes masas de ejército, para cuyo objeto había de distancia en distancia unos *tambos* mucho mayores, que servían á la vez de almacenes, y que en todo tiempo encerraban grandes cantidades de comestibles, vestuario y armas.

En lo concerniente á la escultura artística de los pueblos incásicos, debemos hacer constar con sentimiento que de las obras de pintura y escultura es sumamente poco lo que ha llegado hasta nosotros. En diferentes ruínas de templos y palacios, y también en algunos paredones de roca, se conservan pinturas que representan hombres, llamas, pumas, perros, culebras y árboles, demostrando en su concepción una habilidad inapreciable. Hay algunos datos que afirman que en el templo del sol de Poquen Caucha veíanse representadas en pintura las hazañas de los antiguos incas; pero nada se conserva ya de esto.

Aun es más limitado nuestro conocimiento acerca de la ciencia de los antiguos plateros peruanos, pues todo lo que habían creado fué destruído por los conquistadores españoles. Los más delicados trabajos fueron fundidos sin consideración alguna; pero los escasos restos de este arte que han llegado á la posteridad demuestran que habían alcanzado los peruanos una más que regular destreza en la ejecución de figuras plásticas. Si hemos de dar crédito á los cronistas, tendremos que mencionar que en los jardines del Inca había árboles hechos de oro, con las hojas y frutos del mismo metal. Algunos de éstos estaban cuajados de capullos; en otros veíanse las flores á punto de abrirse y en otros ya del todo abiertas. «Lo que es aún más maravilloso, escribe Jerez, secretario particular de Pizarro (1), es que se veían campos de maíz con las mazorecas hechas de plata,

(1) *Historia de la conquista del Perú*, por Jerez.

y el tallo, los granos y las hojas de oro; estando el todo soldado. Veíanse también en los jardines del Inca diferentes especies de animales fabricados de oro y plata, tales como liebres, ratas, lagartijas, culebras, mariposas y pájaros, tan perfectamente imitados estos últimos que unos parecían cantar sobre una rama y los otros extender las alas para volar.» La gran habilidad con que los peruanos imitaban todos estos objetos la atestiguan gran número de obras de barro, y sobre todo las llamadas jarras de cabeza, de las que se conservan muchos ejemplares en los Museos de Etnografía del Antiguo y del Nuevo Mundo. Estas jarras representan de un modo singular retratos expresivos, y pertenecen, en lo concerniente á concepción, modelado y exactitud, á lo mejor que hayan hecho jamás los indígenas de América.

Otras vasijas de barro representan individuos de cuerpo entero, y son por lo tanto de gran interés por los trajes. Ya hemos dicho en el tomo primero que en algunas de aquellas vasijas se veían pintadas escenas etnográficas, danzas funerarias, fiestas, batallas, etc.

Ningún pueblo de América podía igualarse á los peruanos, en el arte de tejer, pues era tal la habilidad de éstos



Vasija. Esta fué encontrada en Trujillo y pertenece al doctor Maceda en Lima. Representa uno de los trabajos más acabados del arte cerámico de los antiguos peruanos. Va adornada con figuras de guerreros peruanos antiguos, y la altura total es de 28 centímetros.



1



2



3

1. - Jarro de barro con asas y agujeros para pasar cuerdas. Altura 21 centímetros. - 2. Vasija de barro encarnado con figuras blancas pintadas. Diámetro mayor 145 milímetros. - 3. Vasija figurando un indio llevando en la espalda un llama cuya cabeza se ve en el grabado. Altura 225 milímetros.



que los españoles tomaron al principio algunos tejidos de finísima lana de vicuña por seda. Los Museos que poseen mayor riqueza de esta clase son los de Berlín y de Leipzig, en los que está expuesta la colección de los exploradores alemanes Reiss y Stuebel, algunos de cuyos dibujos han ser-



1. - Vasija casi esférica de 18 centímetros de diámetro. - 2. Vasija de barro rojizo cubierto de una capa de barro amarillento sobre cuyo fondo hay pintados adornos de color morado. - 3. Resto de una jarra de barro fino negro, representando una india que lleva una vasija en la cabeza cubierta con un pañuelo. Altura mayor 21 centímetros.

vido de modelo á la industria de tejidos moderna. Ya hemos consignado que se empleaban con predilección, en el adorno de estos tejidos para trajes, varias figuras de hombres, animales y flores. Asegúrase que algunos hábiles obreros consiguieron tejer los sutiles pelos de diversas especies de vampiros, haciendo con la tela que de ello resultó mantos delicadísimos que sólo podía usar el Inca. Además de que conocían la manera de blanquear las telas de un modo deslumbrador, sabían darles también brillantes matices, y enriquecían los trajes de los nobles con adornos cuajados de figuras de oro y plata batidos, plumas de vivos colores, y sartas de perlas y de piedras preciosas. Además de estas industrias, hay que mencionar la agricultura, el comercio, la pesca y la cría de animales.



Botella de barro encarnado. Altura 165 milímetros.

La agricultura ejercíase en toda su intensidad, y el Inca acostumbraba, para animar y enseñar á sus súbditos con el ejemplo, á abrir anualmente la época de la sementera, lo cual hacía con toda solemnidad, rodeado de los grandes del reino, echando con un azadón de oro en un campo sagrado dedicado al Dios Sol, las primeras semillas, que regaba después con granos de maíz de oro,

Según la calidad del terreno, cultivábase maíz, judías, patatas, pepinos, calabazas, plátanos, ananas y otras clases de legumbres y frutos. Para aumentar la fertilidad de las tierras abonábanlas con los excrementos de las aves marinas que anidaban en las costas, con los restos de peces y otros desperdicios, siendo también cuidadosamente regadas, operación que se practicaba en las comarcas pobres de aguas por medio de grandes acueductos y acequias que llevaban el preciado líquido de los valles, de los ríos ó de las altas montañas. Todo pedazo de tierra donde se pudiera sembrar, por pequeño que fuera, estaba aprovechado, y hasta de los estériles terrenos de la costa del mar y de los ásperos declives de la montaña procuraban sacar algún provecho.

Un interesantísimo ejemplo de esto lo ofrecen los aún existentes jardines colgantes de Vilcamayu cerca del Cuzco. Desde la fértil llanura subían, formando estrechas mesetas de tierra cultivada por las escarpadísimas faldas de los montes, las cuales mesetas eran más estrechas cuanto más se elevaban. Los últimos bancales, que apenas tienen un metro de ancho, están situados á 500 metros sobre la superficie del valle; y á pesar de que sólo producen un poco de maíz, se emplea en su cultivo y riego el mismo cuidado que en las mesetas inferiores. Los resultados de un cultivo tan esmerado correspondían también á sus afanes. En bondad y riqueza no puede competir ninguno, aún actualmente, con el maíz blanco de Cuzco, y las patatas del Perú son las más grandes y sabrosas que se hayan criado en parte alguna. Jerez cuenta que una sola semilla había producido doscientas setenta patatas, y que había visto nabos tan enormes que un hombre no los podía abarcar.

Casi iguales resultados había que consignar en la cría de animales. Por más que en estado de domesticidad no conociesen más que las llamas y las alpacas, éstas eran criadas en grandes rebaños en las altas llanuras y montañas. Estos animales, tan útiles para el Perú, no servían para las



Modelo de tejido peruano. Especie de velo mortuario de tela blanca de algodón, montado sobre cañas y con los bordes cosidos en el dorso para que quede tendido. No ha podido describirse el objeto ni el sentido de las figuras. Altura 32 centímetros.